

los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y de metralla, arrastró á sus soldados, marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera. Tendido en una camilla, saludó Pacheco á su fuerza, vitoreó á la República, y fué conducido al hospital, donde sufrió la doble amputación de un brazo y una pierna. Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aun duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en La Merced, que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen, que resistió más tiempo aún. Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos, y los asaltantes que primero penetraron en el recinto fortificado, atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándoles á sucumbir. Por fin, á las primeras luces de la mañana, todas las columnas, diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en torno del general Díaz, que acababa de dar á la patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.»

Parte de la guarnición se retiró á los cerros de Guadalupe y Loreto, donde horas después se rindió.

A Márquez le sorprendió la noticia sobre su marcha á la hacienda de Guadalupe; avanzó no obstante hasta Notario, de donde retrocedió el día 6, con el fin de regresar á la capital.

El vencedor de Puebla, sin dar descanso á sus tropas, tomada la ciudad, establecidos los hospitales, recogidos los abundantísimos pertrechos de guerra, el día 4 se adelantó á recibir á Márquez; sabe que se retira después, y ordena al general Lalanne que, con 1.800 hombres con que expedicionaba, procure detenerlo aunque sacrifique su columna. Dicho jefe cumple con la dura comisión que le toca desempeñar, y debido á ello, el general Díaz da alcance al enemigo el día 9 en la hacienda de San Lorenzo, que se extiende en los llanos de Apam. Ambas tropas toman posiciones, y la artillería hace su saludo; pero un aguacero que cae por la tarde, impide que el combate dé principio. En tanto, el general Guadarrama, que se había mandado en observación de Márquez con 4.000 caballos por el general Escobedo, desde Querétaro, se había puesto en contacto con el general Díaz y tomaba por la noche el flanco del enemigo.

Amaneció el día 10, y Márquez, tras un reconocimiento que mandó ejecutar en la madrugada, y que le hizo conocer su difícil situación, se retiró, pretendiendo engañar con un movimiento falso; pero la caballería lo persigue, y le da alcance en San Cristóbal, de donde el jefe imperial, dejando el mando á su segundo, se adelanta con unos cuantos soldados hacia México. Sus fuerzas se defendieron en desorden; la caballería austriaca ejecutó bravamente vueltas ofensivas, y así la derrota fué consumándose, huyendo los imperiales, avanzando los republicanos, que hacían prisioneros aquí y allá, sin que la caballería austriaca dejara de combatir hasta el último momento.

Doce leguas se persiguió al enemigo, que perdió 17 cañones, 1.000 prisioneros, 500 dispersos y 300 muertos. Los restos de aquella división destrozada entraron en México en la mañana del día 12. Su jefe estaba allí desde el día anterior, disponiendo lo necesario para la defensa de la plaza.

El citado día 12, parte de la caballería de Guadarrama llegó á la villa de Guadalupe; el 13 lo hizo el resto al mismo lugar, en tanto que las fuerzas del general Díaz se posesionaban en Tacubaya, extendiendo sus líneas á los flancos para avanzar sobre la ciudad. El 14, tropas de Lalanne y Carvajal se incorporan al general Díaz, y los 4.000 caballos mandados por Guadarrama, al urgente llamado de Escobedo, marchan para Querétaro.

El general Díaz no contaba con todos los elementos para el asedio de una gran plaza; pero concentrando las guerrillas del valle de México y las de Puebla, llamando la guarnición de Oaxaca, trayendo artillería de la misma Puebla, pudo en cierto modo reunir lo absolutamente indispensable para el objeto. Sus fuerzas las tenía colocadas en lugares estratégicos, porque era imposible sitiar con ellas una población cuyo diámetro mide más de una legua. Como quiera que sea, Márquez sólo una vez intentó, sin resultado, ejecutar una salida. Requisiciones de caballos, exacciones de dinero, reclamaciones del cuerpo diplomático, diarias alarmas con los tiroteos que se oían en las afueras de la ciudad: tal fué la vida de México, hasta concluir el mes de Abril. La guarnición contaba con unos 4.300 soldados más ó menos desmoralizados, que Márquez procuraba aumentar con las levas que llevaba á cabo.

Antes de que este jefe saliera de Querétaro, el mismo día 22 de Marzo, el general Miramón, con una columna de 3.000 hombres, hizo una rápida salida por la hacienda de San Juanico, y se apoderó de un tren de carros cargados de víveres de los republicanos, contramarchando luego al centro de la ciudad.

El 23 llegó el general Riva Palacio, con 4.000 hombres, y esta fuerza sirvió para completar el cerco de Querétaro.

El día 1.º de Abril, con 3 500 soldados, rompió Miramón, por San Sebastián, la línea que defendía Antillón, llegando hasta la segunda, apoderándose de cinco piezas de artillería, y teniendo que retroceder y dejar las piezas poco antes conquistadas, á virtud de haber concurrido al teatro de los sucesos el general Escobedo, con reservas.

El día 11, el valiente príncipe de Salm-Salm pretende salir con una columna para enviar, desde las afueras de la ciudad, comisionados á Márquez; pero se le obliga á retroceder. El 12, en virtud de acuerdo del Emperador, Miramón y Ramírez Arellano produjeron un informe, y le manifestaron en él la dificultad de romper el sitio; le presentaron el cuadro real de una salida que se intentara con todas las fuerzas, diciendo, en substancia, que semejante salida sólo sería el último y más grande de los desastres.

El archiduque se desesperaba porque Márquez no volvía á Querétaro, y pretendió mandar al príncipe de Salm-Salm para obligarle á regresar. Sin saber las condiciones en que estaba Márquez, y faltándole el auxilio de éste, llegó á creer firmemente que lo había traicionado.

En la madrugada del 27 de Abril, el general Miramón, en combinación con Castillo, que fué rechazado, emprendió un atrevido ataque sobre el cerro del Cimatarío; puso en dispersión á las fuerzas de Michoacán allí existentes; dió de flanco sobre una brigada de Jalisco, mandada por Márquez de León, en la hacienda del Jacal; atravesó la paralela de los sitiadores; recogió veinte piezas de artillería, y habría proseguido su marcha, volteando la línea, si no le entretiene temerariamente una columna de caballería al mando del valiente coronel Doria, mientras llegaba con osadía Rocha con dos batallones; si el general Corona, con 3.000 hombres que contiene en la retirada que inician, no se afirma, y si tras él, tomando el flanco enemigo, no hubiera aparecido con 1.500 caballos el general Guadarrama. Aquel concurso de esfuerzos obligó al intrépido jefe imperialista á declararse en retirada, volviendo á sus fortificaciones tras una lucha que sin duda fué la más desastrosa y sangrienta de las que se presenciaron en el sitio de Querétaro.

El 1.º de Mayo, Ramírez Arellano avanza de San Francisquito, y su vanguardia vence á un destacamento; pero el general en jefe, con poca fuerza, la contiene, en tanto que acude el general Zepeda con una brigada de infantería de Jalisco, la cual carga á la bayoneta y hace retroceder al enemigo.

Ya en los primeros días de Mayo, el Emperador sabía que Márquez sostenía el sitio de México; y en una carta que le escribió, con fecha 7, le decía entre otras cosas: «El estado físico y moral en que después de sesenta y cuatro días de riguroso sitio se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo... Es de absoluta necesidad que nos deis noticia de vuestra venida, y del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores...» El jefe á quien semejante carta se escribió, estaba en condiciones también de pedir auxilios y no de darlos.

Por lo demás, en Querétaro escaseaban las municiones y disminuían los víveres, al extremo de que la carne de caballo llegó á reputarse como un manjar.

El 14, á virtud de mandato del Emperador, Ramírez Arellano y Miramón le propusieron un plan de salvación, por medio de una desesperada salida nocturna, hecha por todas las fuerzas, sin artillería pesada ni bagajes. Méndez solicitó que la medida se aplazara para la noche del 15, por algunas razones que expuso, y se accedió á ello; pero en la madrugada de ese día, el convento de la Cruz, llave de la plaza, había quedado en poder de los republicanos. Las tropas de éstos se pusieron sobre las armas desde las primeras horas de la noche del 14; la caballería montó y se colocó en puntos apropiados; jugó la artillería de una y otra parte; los batallones de la primera línea estaban sobre las paralelas, y los demás formados en columnas. La fuerte división de caballería del general Guadarrama, se veía desplegada frente al Cerro de las Campanas.

Así se pasó aquella noche; y en la madrugada siguiente, como se ha dicho, el convento de la Cruz se encontraba en poder de los sitiadores.

Antes de ello, el coronel imperialista D. Miguel López estuvo á hablar con el general en jefe del ejército de operaciones, y precisamente entre las fuerzas que ocuparon el convento, punto principal de la plaza de Querétaro.

Por espacio de veinte años se aseguró que López, por traición, había entregado el punto de que se trata; después hubo discusiones sobre el particular, y al fin el general Escobedo ha expresado, tras ese período de cuatro lustros, que Maximiliano mandó á su cuartel general á López para ofrecer la entrada por el convento, bajo el concepto de que se le permitiese salir del país, y que se tuviera piedad para con los sitiados; y que el predicho jefe expuso que no podía acceder á lo solicitado, y que, se le dejase libre ó no el relacionado convento, según se le ofrecía, sería este punto ocupado. Como quiera que haya sido, debe considerarse que la plaza de Querétaro era imposible que resistiera por más tiempo, según se desprende de cuanto hemos referido.

Tras la toma de posesión del convento, se movieron las tropas sobre los puntos fortificados del enemigo, y aun se defendió éste flojamente en algún aislado lugar; 4.000 caballos se acercaron al Cerro de las Campanas, en la cima de cuya colina se aglomeraban en desorden baterías, batallones y cuerpos de caballería, en derredor de Maximiliano, Mejía y los principales jefes; la línea de defensa quedó abandonada, y á eso de las seis de la mañana bajaba el Emperador, con dirección al campo republicano; se presentó al general Corona, y éste le condujo ante el general en jefe del ejército de operaciones, á quien le entregó su espada, dándose por prisionero, en cuya condición quedaban los jefes, oficiales y tropa que estaban en el perímetro fortificado. El cerco se estrechó hasta las trincheras enemigas, y sólo las brigadas de Vélez y Cervantes entraron de pronto en la plaza.

Hubo empeños para que se tratase con benignidad á Maximiliano, y las cortes de Europa mostraron en ello grande interés. Los Estados Unidos también intercedieron por el infortunado príncipe, desde antes que fuese hecho prisionero, y en previsión de ese caso; pero Juárez invariablemente expuso que se tendría que cumplir con las leyes de la República para juzgarlo. Agotados los recursos de defensa del prisionero y de sus tenientes Miramón y Mejía; ampliados y vencidos los plazos acordados por la ley, la ejecución de la sentencia de muerte, que pronunció el consejo de guerra ordinario que conoció de su causa, se aplazó para el 19 de Junio. Maximiliano y Miramón se mostraron valientes en el acto solemne, lo mismo que el estoico general Mejía.

Al pie del Cerro de las Campanas formó cuadro, en la mañana del 19 de Junio de 1867, una división de 4.000 hombres. A las siete, conducidos en carruajes, llegaron los sentenciados, se despidieron entre sí, y con paso firme se dirigieron al lugar que les correspondía: Maximiliano cedió el centro á Miramón, como puesto de honor, colocándose él á la derecha; Mejía quedó á la izquierda. El primero victoreó con sonora voz á México; el segundo protestó contra la nota de traidor, y se irguió para recibir la descarga, y el último dió en derredor de sí una mirada indiferente. Los pelotones correspondientes, á una señal hicieron fuego; sonaron las detonaciones, se vió el relampagueo de los fognazos, una nubecilla, y tres cuerpos ensangrentados que caían para no levantarse más.

Tal fué la triste escena final del funesto drama del Imperio en México.

Estaban aún en poder de los imperialistas, ya sin bandera, la plaza de México, sitiada por el general Díaz, y el puerto de Veracruz, hostilizado por republicanos, en las aguas de cuyo puerto se presentó el general Santa Anna haciendo proposiciones á los jefes para que se pronunciaran en su favor, los cuales le contestaron con el desprecio que merecía. Tras esto, fué aprisionado por un capitán de la marina americana y luego entregado al gobierno.

Por lo que toca á la capital, en virtud de la admirable actividad y perseverancia del general Díaz, llegó á perfeccionarse el sitio.

Tomada la plaza de Querétaro, el general Escobedo dispuso que bajo el mando del general Corona marcharan dos divisiones á reforzarlo; pero el jefe del ejército de Oriente, seguro del buen éxito, no quería

exponer á los horrores del asalto la capital de la República, y no obstante el auxilio recibido, se limitó á estrechar el cerco y afirmarlo más y más.

El 18 de Junio, el general Márquez entregó el gobierno á Tabera, y se escondió, como lo hicieron Vidaurri, Ramírez Arellano y otros.

Los cuerpos austriacos, una vez que supieron con evidencia los sucesos de Querétaro, pretendieron por sí capitular, y el general Tabera con el mando de la guarnición intentó verificarlo; pero el general Díaz sólo concedió un armisticio de veinticuatro horas, exponiendo que no admitiría más que la rendición á discreción. Concluido aquel plazo, se rompieron las hostilidades, y tras los primeros disparos la guarnición de México se rinde.



Tropas de infantería y artillería de montaña haciendo un alto horario (época actual)

Cupo al general Díaz la gloria de restablecer, para que flotara sobre el Palacio nacional, la triunfante bandera de la República.

El 15 de Julio, el señor Juárez establecía su gobierno en México.

En el mismo partido liberal han surgido después cuestiones en que ha habido necesidad de recurrir á las armas para dirimir las; pero las instituciones se han conservado incólumes, y el país, regido por ellas, comenzó su trascendental obra de progreso.

Últimos períodos de guerra civil.—Añanzamiento de la paz.—Las tropas que habían concluido la campaña se calcula que llegaban á 65.000 hombres, inclusive los prisioneros que á última hora se les agregaron; y dándose de baja el excedente, en los Estados donde se formaron, se dejaron en servicio cinco divisiones, con un efectivo de 26.000 plazas. Se confirió el mando de la primera al general D. Alejandro García; el de la segunda, al general D. Porfirio Díaz; el de la tercera, al general D. Mariano Escobedo; el de la cuarta,